



Anagrama y el padre

“Herralde debería ponerte un sueldo” dice **Lorenzo Rodríguez Garrido**, Lorenzo El Joven, una de las tardes-noches en las que nos encontramos para hablar de literatura, pero también de la vida literaria e incluso de la vida en general. “Herralde debería ponerte un sueldo”, lo dice sonriendo entre simpático y socarrón, y yo también sonrío, simpático, pero con aire algo culpable, porque es cierto. No que “Herralde debería ponerme un sueldo”, sino por mi pasión y fidelidad, tal vez excesiva, pues cuando Lorenzo ha mencionado a **Landero** yo he respondido con **Chirbes**, y aunque es cierto que él también lee a Chirbes, en ese momento lleva *En la orilla*, continuación de *Crematorio*, en la mano, no deja de ser igual de cierto que él bucea en todas las editoriales, buscando autores interesantes, mientras que en mi caso, y aun a riesgo de sufrir alguna pequeña desilusión en ocasiones, insisto en la obra de Herralde; y lo que quizá no acabo de lograr transmitir, aunque lo he dicho o escrito ya muchas veces, es que yo no leo a **Echenov** o a **Amis** o a **Ford** o a **Sorrentino**; yo no los leo a ellos, yo leo a Herralde. Si publicasen en otra editorial, cualquiera de ellos, probablemente dejaría de leerlos; es más: cuando encuentro sus obras en el idioma original en el que fueron redactados me las tomo como “borradores de Herralde”. Por supuesto no todos los libros de Herralde me gustan igual, pre-



Herralde es ante todo un autor de libros-río, por los que se puede navegar a voluntad o capricho

fiero al Herralde cosmopolita, al Herralde ciudadano del mundo y extranjero de la serie Panorama de narrativas, que al Herralde constreñido en el marco más estrecho de Narrativas Hispánicas, y tampoco me interesa tanto el Herralde joven y gamberro de Contraseñas, aunque fue mi favorito en su momento, y me siento un poco ajeno, pero respetuoso, con *Argumentos*, *La Biblioteca de*

la memoria o *Crónicas*. Mientras escribo me doy cuenta que Herralde es ante todo un autor de libros-río, por los que se puede navegar a voluntad o capricho; él mismo llegó a admitir un día, con palabras más o menos parecidas, que él utiliza las novelas o los cuentos ajenos del mismo modo que yo estoy utilizando el castellano para redactar este texto; alguna vez puedo inventarme una palabra, pero casi nunca lo considero necesario.

“Herralde debería ponerte un sueldo”, repite burlón y simpático Lorenzo El Joven, y sin darme cuenta vuelvo a entusiasmarme y hablo de dos libros de la gran novela-río de mi autor favorito: *Matar al padre* (donde la **Nothomb** le hace de negro) y *La muerte del padre* (aquí el negro es noruego: **Karl Ove Knausgard**); el primero es una historia de magos, de lo mejor de “la negra Nothomb”, pero el segundo es incluso superior porque “el negro noruego” aprende de **Proust** y tiene la ventaja de contar con una historia impresionante: un padre, real, que se mata bebiendo, y al que hay que ir a enterrar cuando llega el momento. Son dos grandes libros, como también lo es *En tiempos menguantes*, del “negro de los Urales” **Eugen Ruge**, en el que ahora braceo. Pero he elegido dos sobre la muerte del padre. Y noto algo, inquietante y significativo, en la inteligente mirada de mi amigo Lorenzo. ■

www.javierpuebla.com